

Arreola en voz Alta

Compilación y presentación
Efrén Rodríguez

ÍNDICE

Presentación	9
Protagonistas de la literatura mexicana. Juan José Arreola, <i>Emmanuel Carballo</i>	13
Autovivisección de Juan José Arreola, <i>Mauricio de la Selva</i> ...	62
La mujer abandonada, <i>Federico Campbell</i>	118
Juan José Arreola: las experiencias del paciente, <i>Gabriel Benítez</i>	133
Autoanálisis, <i>Eduardo Lizalde</i>	144
El Fondo fue mi universidad; debería ser autónomo, <i>Armando Ponce</i>	151
Soy un traidor y un malabarista, <i>Cristina Pacheco</i>	154
De viva voz, <i>Marco Antonio Campos</i>	163
Las mujeres fueron culpables de que no escribiera más, <i>Patricia Cañedo</i>	176
Tengo apenas dos años de sentirme viejo, <i>Sonia Morales</i>	183
¿Te acuerdas de Rulfo, Juan José Arreola? (Entrevista en un acto), <i>Vicente Leñero</i>	187
Lección de ajedrez, <i>Vicente Leñero</i>	227
Rompecabezas de un mundo, <i>Eliana Albala</i>	236
Soy un desollado vivo, <i>Germaine Gómez Haro</i>	247
El tiempo que pasó, <i>Gerardo Ochoa Sandy</i>	255
Confieso que aprendo mucho riéndome, <i>María Beneyto</i>	266
La etapa de editor es una de las más bellas de mi vida, <i>Neus Caballer</i>	277
Arreola, un taller continuo, <i>Víctor Manuel Pazarín</i>	286
Antonio Alatorre y Juan José Arreola: un diálogo, <i>Antonio Alatorre</i>	292
Cómo hablan los que escriben, <i>Fernando Díez de Urdanivia</i> ...	304
Partida hablada, <i>Luis Ignacio Helguera</i>	322

Si me oye, la convenzo, <i>Mónica Braun</i>	335
Yo no pienso para hablar, hablo para pensar, <i>Héctor Anaya</i>	342
No me interesa nada, sino lo imposible, <i>Héctor de Mauleón</i> . . .	354
Hay que hacer tablas con la vida, <i>Javier Vargas</i>	358
Pude elegir y modelar mi vida, y la he maltratado, <i>César Güemes</i>	364
Desde la torre del rey, la dama escucha: Arreola y el ajedrez, <i>Yolanda Zamora</i>	376
Ya sólo puedo hablar de las cosas que viven en mi memoria, <i>Víctor Manuel Pazarín</i>	387
Cayeron desde el cielo de Zapotlán las muchachas sobre el pueblo, <i>Emmanuel Carballo</i>	393
Fuentes	415

PRESENTACIÓN

Juan José Arreola fue mi maestro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1979. A partir de ese año fue creciendo nuestra amistad, que pronto traspuso los muros universitarios: Lo acompañé, con otros dos o tres condiscípulos, a grabar una serie de programas de televisión en homenaje a Jorge Luis Borges, que fueron transmitidos por el Canal 2 de Televisa en su memorable programa cultural "Vida y Voz con Juan José Arreola", cuya temática central partió del libro *Siete noches*, recién publicado por el Fondo de Cultura Económica y que llevábamos como una especie de libro de texto en la clase. Algunas tardes lo visité en su casa de Río Guadalquivir 75, adonde le llevé varios cuentos breves que más tarde formarían parte de mi primer libro, *La casa de infinitas puertas*, que me publicó por recomendación suya su hijo, Orso en 1983 en Ediciones Mester. En ese tiempo, Orso estaba a cargo de la segunda época de este sello editorial surgido a mediados de los años sesenta para impulsar las obras iniciales de los jóvenes asistentes al célebre taller Mester, que era dirigido por Juan José Arreola en su propia casa. De esta etapa, que ya es parte importante de la cultura mexicana, es imprescindible recordar a algunos miembros como José Agustín, Elsa Cross, José Carlos Becerra, Jorge Arturo Ojeda y René Avilés Fabila, entre otros.

Vino el año de 1982 y con él el enésimo "regreso definitivo" de Arreola a su pueblo natal, Zapotlán el Grande, Jalisco. Este acontecimiento en la vida del escritor coincidió con mi regreso "de forma temporal" a Colima, donde aún permanezco; en cambio, el maestro Arreola, a fines del 83, principios del 84, ya estaba de vuelta en la ciudad de México, tan maldecida y amada por cantores y poetas, y tan bellamente "dicha" y "descrita" por la voz, la emoción y el genio artístico del último y más auténtico de nuestros juglares.

Durante un año (entre 1982 y 1983), todos los fines de semana me aparecía por Zapotlán para visitarlo, ya que me había dicho (sabedor de que por esos días yo regresaría a Colima) que lo

visitara en su pueblo, aprovechando la cercanía geográfica, para continuar con la corrección de mis cuentos.

Lo ocurrido entonces ahora me parece un sueño: Comencé a ir a principios de septiembre. Cada sábado trabajábamos sobre dos o tres textos, el resto de la tarde y por la noche —no siempre ocurrió así— llegaban sus viejos amigos de Zapotlán a jugar ajedrez; cuando Arreola dormía su siesta, yo me ponía a curiosear en su biblioteca o me aventuraba por la casa; recorría todos sus espacios o me llegaba hasta un gran salón donde tenía una o dos mesas de ping pong y algunas dos o tres de ajedrez, que con frecuencia estaban ocupadas por jóvenes estudiantes del Tecnológico o de la Normal Regional; a veces me encontraba con Sara, su esposa, o con su hija Claudia (a quien ya conocía desde la ciudad de México) y comentábamos algunos tópicos sobre Colima y otros temas diversos.

En todo este lapso conversé con el maestro Juan José Arreola de muchas cosas. Su memoria prodigiosa siempre estaba desbordante; su vasta cultura de pronto afloraba en una reflexión, un comentario, o en constantes y prolongados monólogos. Yo no tenía más que escucharlo para poder preguntarle y hacerle comentarios, algunos de los cuales él aprobaba con evidente interés. Me confió cosas que nunca dijo en entrevistas, ni aparecen en *El último jugador: Memorias de Juan José Arreola*, escrito por su hijo Orso. Muchas tardes, mientras corregía mis cuentos, me invitaba de su vino: a veces tinto, a veces blanco, pero siempre tenía para invitar. Algunas veces yo también llegaba con una botella para obsequiársela. En ocasiones el vino se terminaba y me decía: “Ahorita vengo, voy al pueblo a traer más vino. Mientras piénsale cómo puedes construir mejor esa frase”, y casi enseguida escuchaba cómo arrancaba, cerro abajo, en su moto, que ya para entonces se había constituido en un símbolo entre las calles tranquilas de Zapotlán.

Gran parte de nuestras conversaciones las guardo en mi memoria. (Recuerdo una noche en que no llegaban los ajedrecistas habituales, me preguntó si yo jugaba ajedrez; le dije que no. Entonces me miró severamente mientras daba un trago de vino y me dijo: “Efrén, lo que nunca les voy a perdonar a ti y a Borges, es que no sepan jugar ajedrez”.) Nunca grabé en cinta magnetofónica ni media palabra dicha por el maestro Arreola, simplemente porque no se me ocurrió hacerlo. Más bien por ese tiempo yo tenía otra ambición: escribir un libro que llevaría por título: *Arreola en el retiro*, que recogería sus dichos, sus

comentarios, sus recuerdos, sus críticas; todas las cosas que, como ya dije, no aparecen en sus entrevistas ni (ahora que ya fueron publicadas) en sus *Memorias*. Ese libro no lo he escrito, pero en cambio, algunas noches de insomnio repasó los anaqueles de mi memoria repletos de recuerdos, y entonces revivo escenas, diálogos, etcétera, sostenidos con el mejor de nuestros escritores vivos, con el “Mariscal de las Letras Nacionales”, como se refirió a Arreola en amplia entrevista Héctor Anaya.

Célebre en el ámbito de la cultura en México es la enorme capacidad verbal de Juan José Arreola. El mayor “hablista” que fue de la televisión mexicana es también el gran conversador, aquel que hace mucho dejó de escribir “para dedicarse a la oralidad”, como el propio Arreola afirma; para dedicarse a la literatura en voz alta, agregaría yo, y pensando precisamente en este término no me quedó la menor duda de que el prosista zapotlanense ha sido uno de los intelectuales que más entrevistas ha dado (si no es el que más), y que su prosa oral es tan bella como los libros de creación que nos ha legado; pensé que era importantísimo reunir y rescatar del olvido toda esa riqueza verbal y cultural que se hallaba dispersa en periódicos, suplementos culturales y revistas de toda índole en múltiples entrevistas. Fue entonces que elaboré un bosquejo de proyecto de investigación y fui a ver al maestro Arreola a su casa de las calles de Córdoba 2 642, en la ciudad de Guadalajara, para mostrárselo y pedirle su opinión. Me dijo que le parecía muy buena mi idea y que me deseaba éxito en mi empresa.

Poco a poco me fui metiendo en la localización y acopio de materiales. Dos o tres veces tuve la impresión de que ya había terminado mi trabajo, pero luego me encontraba otro texto aquí, otro allá... y así es como finalmente pude concluirlo. Sé que no es todo, hay más materiales aún dispersos, pero por ahora entrego este trabajo de casi una treintena de entrevistas que, sin lugar a dudas, será de gran utilidad para maestros de literatura e investigadores de la cultura, pero sobre todo y más que nada para los lectores que deseen participar y gozar de esta inigualable fiesta del lenguaje y la memoria, que es una de las mayores riquezas (aparte de su genio creador) que posee este demiurgo de nuestras letras.

El título que elegí para este libro, *Arreola en voz alta*, viene en línea directa de *Lectura en voz alta*, uno de sus libros, publicado por la Editorial Porrúa en la colección “Sepan cuantos...”; también nos remite a aquel primer programa de “Poesía en Voz

Alta”, dirigido por Arreola en 1956, que marcó un hito en la difusión del teatro y la poesía en México.

Las entrevistas que reúno en este libro están ordenadas cronológicamente. Les di esta secuencia porque a pesar de que algunos temas son recurrentes, Arreola no es reiterativo gracias a su enorme caudal de palabras; siempre dice algo nuevo, con esa sencillez pero a la vez con ese estilo pulcro y elegante que le ha dado renombre. “Yo hablo como escribo y escribo como hablo”, le dijo a Cristina Pacheco en una entrevista aquí recogida y publicada originalmente en la revista *Siempre!* en 1984. También es importante y curioso destacar que este libro inicia y concluye con sendas entrevistas realizadas por el crítico Emmanuel Carballo.

Para adentrarnos más y conocer mejor el universo arreoleano, leamos con interés y deleite estas entrevistas que ya prefiguran con certeza un gozo inusitado, un banquete donde el plato fuerte es la palabra dicha, dichosa y deslumbrante de Juan José Arreola.

Efrén Rodríguez
Colima, noviembre de 2001